



LA PLUMA SIN TINTA / NÚMERO 15

Enero 2026

Colaboran en este número, con sus escritos:

Los amigos de "El Cenachero", Lola Acosta, Francisco Romero, Paco Bravo, Antonio Caparrós, Eduardo Perdomo, Fran Lepsky y Fran Kapilla.

Dirección y editorial:

Paco Bravo

Diseño y maquetación:

Fran Kapilla

Gestión, comunicación:

Antonio Miguel de la Torre

Dibujo de la página 22:

Adrián Gálvez

¡Participa! Envía un **a fanzinelapluma@gmail.com** tus escritos. Cada escrito debe contener el **título** y tu **nombre** y además, debe estar en formato **DOC**.

Recuerda que el escrito debe ser **original** tuyo (no está permitido el uso de la inteligencia artificial). La editorial *La Pluma sin Tinta* se guarda el derecho de publicación o retirada de los escritos en cualquier caso.

Son bienvenidas las sugerencias de imágenes, aunque el diseñador de *La Pluma sin Tinta* se reserva la decisión estética final.

- 04 **EDITORIAL**
- 05 **REVISTA CENACHERO: UN PROYECTO COMPARTIDO**
- 25 **CAROLINA TURBANTE** · Lola Acosta
- 26 **CONFESIONES** · Francisco Romero
- 30 **SAN CIRIACO Y SANTA PAULA** · Eduardo Perdomo
- 34 **EL CID MALAGUEÑO** · Fran Lepsky
- 37 **EL PALO** · Antonio Caparrós
- 41 **EL PRESTAMISTA** · Paco Bravo
- 46 **LAS INUNDACIONES DE MÁLAGA DE 1989** · Fran Kapilla
- 48 **RECOMENDACIONES**

"Haz el amor
y no la guerra".

John Lennon

Instagram:

@fanzinelapluma

Web:

fanzinelapluma.blogspot.com

Email:

fanzinelapluma@gmail.com



Escribo esto a escasas horas de acabar el año, en Málaga, como siempre. **La Pluma sin Tinta** inicia 2026 contando la historia de unos cenacheros digitales: tan erguidos y esbeltos como los de antaño, pero cargando ahora con el peso de la información rebelde, comprometida y responsable. Navegan por rincones fenicios en un formato artesanal de la palabra. Es un honor presentar a un grupo de jóvenes intelectuales, comandados por el ingenio de Antonio Gómez, que escriben sin pedir permiso (como hay que escribir).

Tomamos la figura inmortal del Cenachero, símbolo del pescador-vendedor que maquilla el hastío con una sonrisa amable. Málaga parió la vanguardia de Pablo Picasso y las rimas de Salvador Rueda, pero ¿qué sería de la ciudad sin su manquita?, ¿sin sus celebridades errantes?

El Lenguas, Carolina Turbante, el Mocito Feliz: navegantes de acera que sostienen el camino persistente y soñador del malagueño, tanto como los pasos indescifrables de Chiquito, la vuelta apasionada de Banderas o el bastión de Omar Ben Hafsún.

Málaga estampa a Santo Ciriaco y a Santa Paula en su escudo y se reconoce en el niño del sombrero que resplandece en la marina, cargando la espuerta o vendiendo biznagas. Málaga es la ciudad que resiste. Y es la ciudad que posa.

Paco Bravo
Editorial para enero 2026



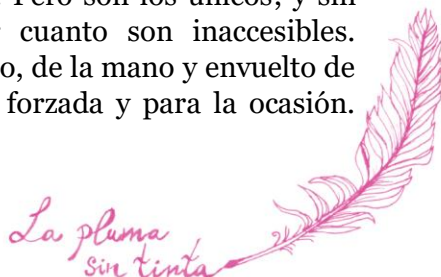
REVISTA CENACHERO: UN PROYECTO COMPARTIDO



CENACHERO

A las puertas de fin de año, momento en el que escribo estas líneas, miro hacia atrás y cuesta creer todo lo conseguido. Hay veces en las que pretendes sacar hacia adelante un proyecto y por más medios y disposición que pongas y dispongas se hacen imposibles, Cenachero fue la excepción.

Durante mi etapa universitaria contemplaba con indignación cómo la cultura, la crítica y los espacios de discusión y difusión de conocimientos eran abarcados por el personal docente. Son espacios que denotan cierto rechazo estético, en tanto que la inversión en educación no es el pilar de los gobiernos. Pero son los únicos, y sin embargo producen cierta atracción por cuanto son inaccesibles. Cuando entras en ellos es solo bajo permiso, de la mano y envuelto de una escenificación que a todos se antoja forzada y para la ocasión.



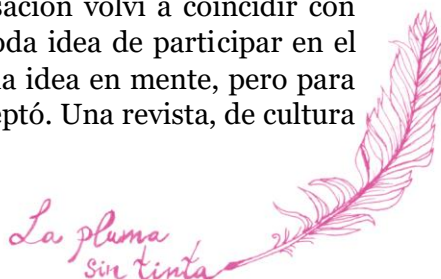
Hablo de despachos, salas de conferencias, aularios y demás espacios en los que vivir aquello que aprendes se comprimen a unos cotidianos metros cuadrados.

Me comentan que esto no siempre fue así, que hubo un tiempo en el que los estudiantes poseían lugares de encuentro reservados a ellos, y donde el profesorado solo entraba bajo invitación y siempre con la convicción de encontrarse en un lugar ajeno. Aunque haya ocasiones en los que se nos tome por estúpidos no lo somos, olemos las contradicciones de un sistema que nos conmina a sentir y saborear la vida al tiempo que coloca una orweliana bota sobre nuestros cuellos impidiéndonos actuar. Por ello, han sido mucho los intentos de organización por parte del estudiantado en los últimos años. No daré nombres pero sí diré que alguno de los surgidos en el seno de la universidad fueron absorbido por ella.

En cuarto de carrera una idea surgió en mi mente: hacer algo que llevase mi nombre al tiempo que sirviese a un propósito superior a mi. No tenía muy claro el qué, simplemente que algún día llegaría el momento.

Una mañana, mientras me encontraba fumando en uno de los porches de la facultad conocí a Irene, una chica que estaba con un pie fuera de la carrera y otro en el embarrado mercado laboral. Una conversación muy amena, hablamos de todo. A punto de despedirnos, momentos previos al almuerzo, me comentó algo que hizo que captara toda mi atención: “hay un grupo de jóvenes que se están organizado para crear un club de lectura”. Conocía a alguno de sus miembros y dediqué los siguientes días a seguirlos muy de cerca por redes sociales, pero no encontré nada serio en ellos, concluí que se trataba de un club de amigos más que de un proyecto serio.

Pasados dos meses desde aquella conversación volví a coincidir con Irene, le comente que había descartado toda idea de participar en el proyecto que me mencionó y que tenía una idea en mente, pero para llevarla a cabo necesitaría de su ayuda: aceptó. Una revista, de cultura



y sociedad, de impacto local y organizada en cuatro categorías, de lenguaje accesible, temas de interés social y desde un enfoque periodístico. En la actualidad estas son nuestra seña de identidad, los principios bajo los que operamos. Le entusiasmó la idea, y fijamos una reunión para debatir cómo proceder. Y el medio por el que procedimos fue a través de contactos. Precisábamos un programador, un periodista con experiencia laboral y un profesional en marketing digital, en tanto el proyecto sería (y es) netamente digital.



Podría comentar cómo fue tejiéndose, a lo largo de ocho largos y laboriosos meses Revista Cenachero, pero he preferido contaros la forma en cómo surgió y dejar esta responsabilidad en mis empleados y colaboradores. Como verán no hay nada de épica, solo el deseo de

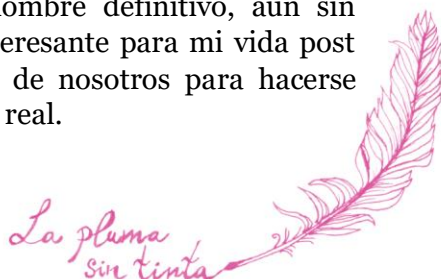


constituir una empresa que generase un valor social. He aprendido mucho de aquellos que pasaron por el proyecto, ha sido una carrera a contrarreloj, un intensivo. Aprendí el valor a escuchar, de rebajarte cuando no llevas la razón, de la excelencia cuando de calidad se trata. Sin lugar a dudas, después de estos ocho meses, mi visión del mundo se ha enriquecido enormemente. Quiero dedicar este texto, en estas fechas a mis trabajadores sin los cuales nada de esto hubiese sido posible. A la asociación Pluma Sin Tinta, por confiar en nosotros y cedernos su apreciado espacio. A mi familia, por su apoyo incondicional y a la memoria de mi padre fallecido cuya honra es mi aliciente para continuar trabajando.

Roberto Montero Parada

Hay procesos que no empiezan con un plan, sino con una necesidad. Cenachero nació así: como un desvelo compartido, una conversación que acabó convirtiéndose en método, una intuición que insistía en existir. Junio no fue un mes, fue una grieta. Un punto donde la realidad cedió lo suficiente para que por ella entrara una forma distinta de mirar Málaga y su vida cultural. Lo que hoy es una revista, un proyecto editorial, un espacio donde confluyen voces y memoria, empezó siendo algo más frágil: la certeza de que nadie iba a hacerlo por nosotros.

Desde entonces, todo ha sido aprendizaje, construcción y descubrimiento. Llegué como segundo miembro del equipo fundador, cuando la revista aún no era revista, cuando solo existía una voluntad inicial y una larga lista de cosas que no sabíamos hacer, que queríamos hacer, pero que íbamos a aprender por la vía más honesta posible: haciéndolas. Desde el primer momento entendí que ese lugar—ese espacio incipiente, aún sin nombre definitivo, aún sin forma—iba a convertirse en una parte interesante para mi vida post académica. Que necesitaría de cada uno de nosotros para hacerse real: este sueño tan tremendamente y muy real.



Encarno la figura del editor responsable, sí, pero dicho cargo se queda corto, o no representa, la naturaleza de lo que hemos creado. No hay término preciso para definir un rol que abarca desde la parrilla mensual de contenidos hasta la última coma de un texto, desde el criterio para decidir qué merece abrir un número hasta la forma en que una pieza respira y dialoga con el resto del conjunto. Ese proceso, tan íntimo y tan expuesto al mismo tiempo, ha sido un ejercicio continuo de exigencia y de escucha.



Cada artículo, cada página, cada decisión estética, ha pasado por ese filtro: el del cuidado.

He trabajado también allí donde la revista se hace visible: en redes, en la arquitectura de nuestra presencia pública. Horas afinando el tono, la cadencia, la manera en que cada imagen y cada palabra debían encajar—esa puñetera línea discontinúa de las apps de edición—, en esa identidad que todavía estábamos aprendiendo a nombrar. Con Juanca, mi sombra y mano en el proyecto, compartí el pulso del

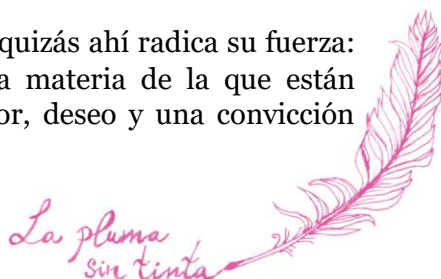
montaje del primer vídeo de YouTube, un trabajo que nos enseñó que Cenachero no era solo un medio escrito, sino una forma de narrar que también podía traducirse en imagen, en ritmo, en respiración audiovisual. Y en cada esquina de la web—sus secciones, sus mares blancos, su estructura—puse parte de mi letra y parte de mi intuición, buscando una estética que fuese honesta con lo que queríamos contar.

Supervisé cada detalle que pude: el orden de las piezas, el peso de los tamaños de letra, la manera en que las páginas caen al ser leídas... Participé en la discusión de las portadas, en la elección de cada imagen, en el diseño final que hace que un número de Cenachero sea algo que se desee atesorar. Escribí el texto de “¿Quiénes somos?” porque necesitábamos explicarnos desde dentro, con una voz que no fuese institucional ni fría, sino íntima y limpia, la voz de quienes levantan algo mientras aún están aprendiendo a sostenerlo. Redacté también el Libro de estilo, la brújula que ordena la manera en que pensamos el lenguaje y la ética que subyace a cada pieza.

He publicado varias piezas en el medio, públicas, privadas e importantes, y cada una lleva algo mío, de mi sangre. Escribir para la revista no es solo escribir: es anclar un trozo de ciudad, un trozo de historia, un trozo de alguien que existió o que existe, y hacerlo con la delicadeza de quien sabe que la palabra pesa.

Hoy, a 20 de noviembre, miro todo el camino recorrido y no veo solo trabajo. Veo un proceso de creación que ha sido, en el fondo, un proceso de identidad. La revista ha crecido porque nosotros hemos crecido con ella. Y lo que queda por hacer—lo que seguimos haciendo cada día—es perfeccionar esa búsqueda: la de un medio que no solo informa con mucho arte, sino que aspira a asumirlo, a nacer de nuevo, a ser primigenio y anterior. A mirar más hondo. A decir algo verdadero.

Cenachero no empezó siendo lo que es. Y quizás ahí radica su fuerza: en que ha sido construido con la misma materia de la que están hechas las cosas que gustan: tiempo, rigor, deseo y una convicción



compartida. Todo lo demás, lo que está por venir, se sostendrá sobre eso. Y sobre la certeza en que seguimos aquí porque todavía hay cosas que queremos contar. Y que merecen ser contadas.

Por último, honor al director, que ofrece oportunidades y las recompensa. Honor al equipo, que aprende algo que no le es familiar. Honra a Cenachero, que lo intenta.



Puerto de Málaga, 1930 (coloreada)

Irene López Lobato

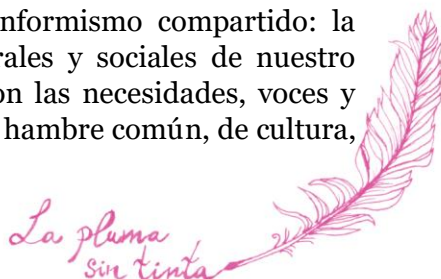
El proceso constitutivo de la revista Cenachero ha sido, para mí, una de las experiencias más significativas, desafiantes y formativas de mi vida hasta la actualidad. La revista, definida estatutariamente como una publicación independiente de carácter provincial (y con una clara

aspiración de expandirse a nivel autonómico) nace con el compromiso de ofrecer información cultural y social desde la actualidad, bajo una firme defensa de la democracia pluralista y el respeto a los derechos civiles. En este marco ético y legal, que excluye toda manifestación de violencia, odio o rechazo hacia cualquier sector social, se enmarca la identidad del proyecto al que hoy dedico una parte esencial de mi tiempo y energía.

Mi papel en esta historia comenzó prácticamente desde el origen. Junto con Antonio, director de la revista, compañero de grado y principal impulsor de la idea, participé en la búsqueda del equipo núcleo de lo que posteriormente sería Cenachero. Él tenía la semilla inicial, pero desde el primer momento en que hablamos (aquel día de marzo en la entrada de la biblioteca de la facultad Filosofía y Letras), entendí que si aquello quería convertirse en algo real, sólido y duradero, debíamos rodearnos de personas con talento, compromiso y sensibilidad cultural. Así fuimos asumiendo la tarea de localizar a quienes hoy forman parte fundamental de Cenachero.

A día de hoy, mi responsabilidad principal recae en la producción de la sección Documental de la revista, además de la revisión y edición de piezas que posteriormente se maquetan para su publicación. Sin embargo, durante los primeros meses mis funciones fueron mucho más diversas y flexibles, propias del nacimiento de un proyecto que todavía no conoce sus propios límites. Desde la conceptualización conjunta del contenido hasta la elaboración de presentaciones claras y visuales para las reuniones, pasando por la organización de encuentros y la gestión de ciertos trámites legales, desempeñé un rol que en aquel momento se asemejaba casi al de una secretaria general del proyecto, haciendo de puente entre las ideas y la coordinación práctica del equipo.

La idea de Cenachero nació de un inconformismo compartido: la sensación de que las instituciones culturales y sociales de nuestro entorno no estaban del todo alineadas con las necesidades, voces y aspiraciones de la juventud. Nos movía un hambre común, de cultura,



de memoria histórica y de participación activa y una convicción profunda: la de que la herencia cultural y el patrimonio local son herramientas poderosas para comprender el presente y construir un futuro más consciente. Queríamos crear un espacio donde la cultura estuviera viva, donde el saber fluyera, donde la creatividad tuviera cabida, y donde la crítica social fuese una práctica cotidiana y honesta.



Puerto de Málaga, 1940

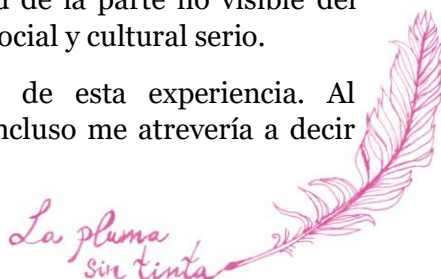
El equipo que finalmente conformamos se ha convertido en una red de apoyo tanto profesional como humana. Desde el primer momento, la comunicación fue constante, la colaboración fluida y el ambiente de trabajo sorprendentemente cohesionado. Aunque al principio surgieron algunas dificultades de coordinación (lógicas en un grupo que, en su mayoría, nunca había trabajado en una revista anteriormente), todos estábamos dispuestos a hacer el esfuerzo necesario para construir un entorno agradable, respetuoso y

productivo. Hoy puedo decir con orgullo que me llevo muy bien con todos ellos, y que cualquier tensión que hubiera podido surgir inicialmente se transformó pronto en compañerismo, empatía y profesionalidad.

Pero el proceso no estuvo exento de dificultades. Para mí, una de las mayores fue la gestión del tiempo y del agotamiento. Soy estudiante, y durante los primeros meses además compaginaba todo esto con un trabajo externo. La carga emocional y física que supuso sostener todas mis responsabilidades a la vez generó momentos de estrés intenso y ansiedad, que me hicieron dudar más de una vez si esto sería realmente posible. También hubo retos derivados de nuestra falta de experiencia: construir una revista desde cero sin conocimientos previos del sector es adentrarse en un terreno desconocido, lleno de errores, improvisaciones y aprendizajes acelerados. Todavía recuerdo con cierta nostalgia las noches y los cafés que dediqué a mi primera pieza documental, trasnochando junto a mis compañeros para terminar la parte escrita, y el enorme alivio que sentí al finalizarla por fin sin errores.

Sin embargo, cada una de esas dificultades se convirtió en un aprendizaje invaluable. Descubrí lo que significa trabajar en un equipo de verdad (con sus buenos y malos momentos) y lo que tiene compartir un proyecto que no es solo profesional, sino también emocional. Aprendí el proceso de constitución de una empresa desde dentro: desde la estructura legal hasta la operativa diaria. Y, en mi caso de forma más concreta, también aprendí lo extremadamente complejo y enriquecedor que es crear piezas audiovisuales y documentales, tanto en la parte técnica como en la conceptual y narrativa. Entrevistar a personas, investigar cada tema con rigor, coordinar grabaciones, redactar los guiones y realizar las transcripciones me enseñó la profundidad de la parte no visible del trabajo que sostiene a cualquier proyecto social y cultural serio.

Las emociones formaron parte central de esta experiencia. Al principio sentí bastante preocupación e incluso me atrevería a decir

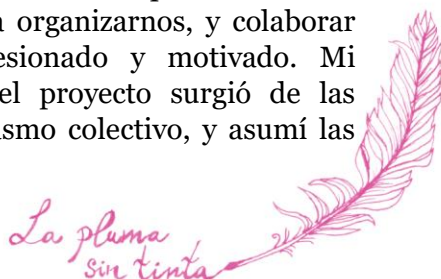


vértigo: el miedo a no estar a la altura, a que el proyecto no saliera adelante, a que fuera sólo otro intento fallido. Pero también me acompañaron una ilusión enorme y unas ganas inmensas de que todo funcionara. Con el tiempo, esas emociones se transformaron en una mezcla de orgullo, responsabilidad y una renovada motivación por seguir adelante. Hoy me siento profundamente orgullosa de lo que estamos construyendo, sobre todo teniendo en cuenta el poco tiempo que llevamos activos.

Uno de los momentos más significativos de este camino fue, sin duda, cuando Alba nos envió la primera maqueta de la primera tirada de la revista. Recuerdo perfectamente la sensación: fue como un clic interno. De repente, todo lo que habíamos imaginado estaba ahí, materializado en un diseño tangible y profesional. En ese instante supe que no estábamos soñando despiertos; que aquello que nació entre dudas, prisas, noches sin dormir y mil conversaciones improvisadas estaba, por fin, tomando forma real. Después de tanto esfuerzo, fue un alivio enorme y un motivo de orgullo colectivo.

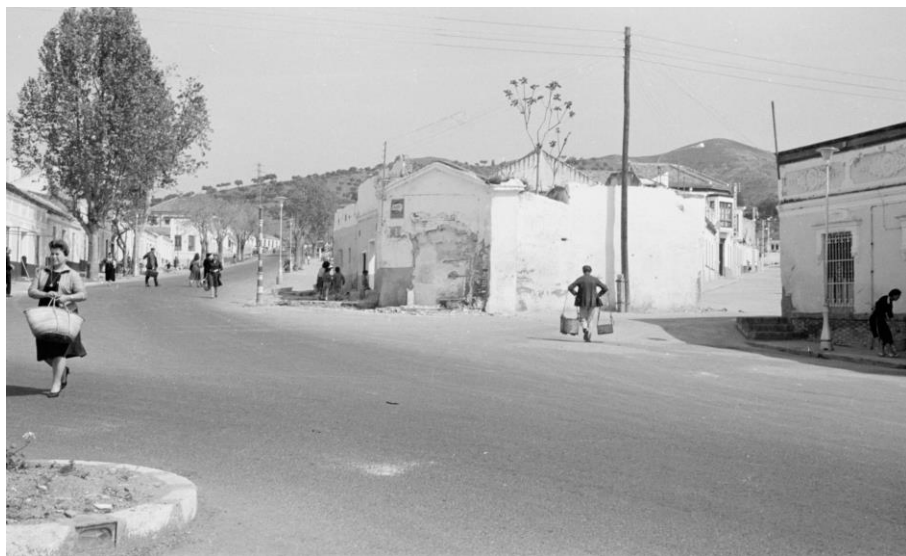
También guardo en mi memoria con mucho cariño la primera vez que nos reunimos todos para probar la nueva cámara destinada a los documentales. Ese día entendí de manera muy clara quiénes éramos como equipo: jóvenes profesionales aún en formación, llenos de bromas, energía y curiosidad, pero al mismo tiempo profundamente comprometidos con la cultura de nuestra ciudad y con el deseo de demostrar que la juventud malagueña sí tiene interés por su historia, su patrimonio y su futuro.

Si tuviera que valorar mi aportación personal al proyecto, diría que ha sido discreta pero constante. Traté de aportar iniciativa cuando era necesaria y de ofrecer apoyo en aquellos momentos en los que el equipo lo requería. Intenté dar estructura en las primeras fases, cuando todavía estábamos aprendiendo a organizarnos, y colaborar en la construcción de un grupo cohesionado y motivado. Mi participación en la conceptualización del proyecto surgió de las conversaciones compartidas y del entusiasmo colectivo, y asumí las



tareas que me correspondían con responsabilidad y el mayor cuidado posible. Más que destacar un papel individual, siento que mi contribución fue la de acompañar, sumar y poner mi esfuerzo al servicio de algo que estábamos creando entre todos. Procuré aportar una mirada crítica, energía y dedicación dentro de mis posibilidades, aprendiendo en el proceso y dejando que la determinación y la constancia del equipo me impulsara incluso en los momentos de cansancio

Hoy, mirando hacia atrás, siento que Cenachero no es solo una revista. También es un espacio de aprendizaje y un proyecto colectivo que refleja un modo joven y consciente de estar en el mundo. Haber formado parte de su nacimiento ha marcado un antes y un después en mi trayectoria personal y profesional. Y, sobre todo, me ha enseñado que cuando las ideas se concretan colectivamente y con pasión, pueden convertirse en algo verdaderamente transformador.



Plaza de Fuente Olletas, 1947.

Alba Torres Callejón

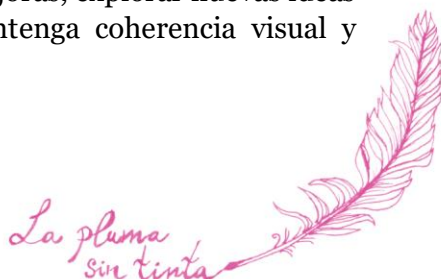
Formar parte de Cenachero ha sido una experiencia muy enriquecedora y gratificante. Desde septiembre, me he encargado de la maquetación, adaptando cada edición a la visión y estética de la marca, cuidando que la identidad de la revista se reflejara en cada detalle y que la lectura fuera cómoda y coherente con los valores que queríamos transmitir.

Conocí a Antonio, director de la revista, a través de una amiga en común. Durante una conversación le comenté que era diseñadora gráfica, y él me habló del proyecto Cenachero y su objetivo de dar voz a los malagueños. Me comentó que estaban buscando una maquetadora y me propuso formar parte del proyecto.

Desde ese primer contacto, supe que sería una oportunidad para aplicar mis conocimientos y colaborar en un proyecto que buscaba reflejar la riqueza cultural de Málaga desde la autenticidad y el cuidado.

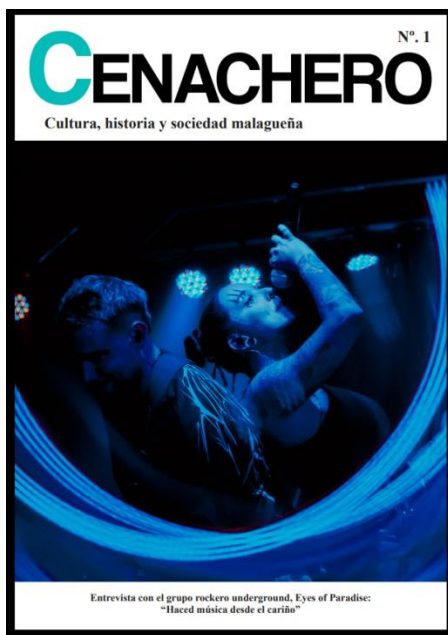
Durante las primeras semanas preparé varias propuestas de maquetación y diseño, adaptándolas según las necesidades, la visión del equipo, lo que querían reflejar y la estética que buscaban. Finalmente, en una reunión presencial donde conocí a todo el equipo, presentamos y definimos la versión final que marcaría la primera tirada.

En noviembre se publicó la primera edición, tanto en versión pública como privada, y en diciembre lanzaremos la segunda edición exclusiva para nuestros clientes. La revista sigue un calendario definido: una edición privada cada mes, una edición pública cada tres meses y artículos de suscripción mensuales. Trabajar en equipo ha sido fundamental: nos permite evaluar mejoras, explorar nuevas ideas y asegurarnos de que cada número mantenga coherencia visual y calidad editorial.



Lo que más me motiva de Cenachero es su propósito: dar voz a los malagueños y reflejar la riqueza cultural e histórica de nuestra ciudad. Cada número es fruto de un esfuerzo colectivo, donde cada detalle importa, me siento muy afortunada de formar parte de un equipo que comparte la misma pasión por transmitir la identidad y la historia de Málaga de manera auténtica y cercana.

Formar parte de este proyecto ha sido también una gran oportunidad de aprendizaje y crecimiento profesional. Me ha permitido poner en práctica mis conocimientos de diseño visual y editorial en un proyecto real, mejorar mis habilidades en maquetación digital y aprender a equilibrar de manera efectiva estética, funcionalidad y narrativa en cada número. Además, colaborar con un equipo multidisciplinar me ha enseñado la importancia de la comunicación clara, la organización y la flexibilidad para adaptarse a los cambios y necesidades del proyecto.



Pedro Rubén Morcillo Cobo

Para mí, Cenachero no es solo una revista: es un espacio donde creatividad y cultura se encuentran, que escucha a los malagueños para darles voz, y donde cada edición refleja el trabajo de todo un equipo comprometido en acercar la riqueza y la historia de Málaga a los lectores de manera clara, cercana y auténtica.

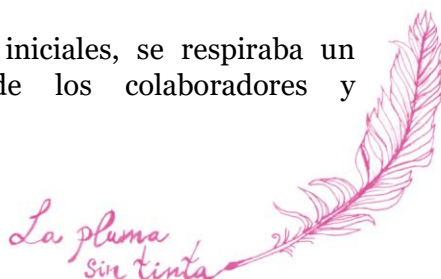
Hoy quiero dejar por escrito una experiencia que ha marcado un antes y un después en mi vida profesional y personal: la creación de la Revista Cenachero.

Todo comenzó gracias a mi hermano Arturo Morcillo, quien me habló de la iniciativa junto a Luis Vega, uno de nuestros colaboradores más activos, con su publicación Ciberseguridad cotidiana: el papel del teléfono móvil. Fue a través de ellos que descubrí la oportunidad de participar en un proyecto cultural y tecnológico que, desde el primer momento, me atrapó.

Tras contactar con Roberto Montero, y sin tener experiencia previa en levantar desde cero una plataforma tan compleja como una revista digital, decidí lanzarme de lleno. Puse a disposición del proyecto mis cuatro años de experiencia como programador web, trabajando codo con codo con Antonio Gómez, fundador de la revista. La motivación era enorme: demostrar mis capacidades técnicas y, al mismo tiempo, formar parte de un equipo joven, lleno de ilusión y con ganas de construir algo real.

Los meses que siguieron fueron intensos. Jornadas largas, fines de semana y festivos dedicados a dar forma a la plataforma. El esfuerzo compartido nos llevó a alcanzar un objetivo que parecía lejano, pero que finalmente se hizo realidad el 2 de noviembre de 2025, fecha en la que la Revista Cenachero vio la luz.

Desde el primer día, en las reuniones iniciales, se respiraba un ambiente excepcional. La energía de los colaboradores y



organizadores era contagiosa, y esa unión fue clave para superar los retos técnicos y humanos que se presentaban.

El proyecto no era sencillo: diseñamos un sistema de suscripciones, bases de datos relacionales conectadas con APIs para alimentar un frontend en Angular, minimalista y limpio. Todo ello con el propósito de ofrecer un espacio donde compartir publicaciones y maquetaciones de una revista cultural y artística nacida en Málaga, tierra andaluza que tanto orgullo me produce como jienense.

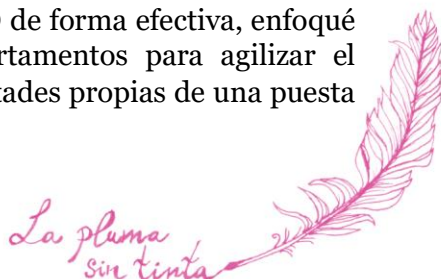
Mirando atrás, me doy cuenta de que este viaje fue mucho más que un reto técnico. Fue la oportunidad de crecer, de aprender y de demostrar que con esfuerzo, pasión y trabajo en equipo se pueden lograr grandes cosas. La Revista Cenachero no es solo una plataforma digital: es el reflejo de un sueño compartido, de la ilusión de un grupo de personas que decidieron apostar por la cultura y el arte, y que hoy pueden sentirse orgullosos de haberlo hecho posible.

Con cariño. Un saludo.

Juan Carlos Uceta Ramos.

Desde mi incorporación al proyecto Cenachero en junio de 2025, he asumido diferentes funciones según las necesidades del equipo y la fase en la que se encontraba la revista, mi primera toma de contacto con el director Antonio Gómez, fue a través de un íntimo amigo mio, Roberto Montero, quien es responsable de redacción y con quien trabajo de manera conjunta en las redes sociales.

Durante los primeros meses, como la página web aún no estaba conectada y no era posible trabajar el SEO de forma efectiva, enfoqué mis esfuerzos en apoyar a varios departamentos para agilizar el arranque del proyecto y reducir las dificultades propias de una puesta en marcha.



En esta etapa inicial participé en:

- Selección y revisión de artículos para las primeras publicaciones.
- Redacción de algunos textos y apoyo en tareas editoriales.
- Elaboración de un primer planteamiento financiero junto con el director.
- Aporté mi experiencia previa en empresas para mejorar la organización interna y facilitar procesos, con el objetivo de que la revista pudiera avanzar con mayor claridad y visión estratégica.
- A partir de noviembre, con el proyecto ya iniciado y la web operativa, comencé a desempeñar mis funciones principales dentro del área digital. Junto a mi compañero Robert, gestioné la parte de redes sociales del proyecto, planificando contenidos y editando vídeos tanto para la sección documental como para los perfiles oficiales.
- En el ámbito del SEO, me encargué de conectar correctamente todas las herramientas necesarias y de establecer la base para medir el tráfico futuro, analizar cómo nos encuentran los usuarios y entender la evolución orgánica de la revista.

En la actualidad, trabajo conjuntamente con Robert en la gestión de las redes sociales y desarrollo de forma íntegra el SEO del proyecto, garantizando que Cenachero mantenga una presencia digital coherente, optimizada y en crecimiento.





Ilustración de Adrián Gálvez



CAROLINA TURBANTE

Un ensayo-crónica de Lola Acosta

Carolina vivía en calle pozos Dulces. Una zona que estaba muy degradada. Ocupaba una habitación con un aseo minúsculo en una casa medio en ruinas. Una bombilla colgaba de un cable. El agua y la luz la pagaban los Servicios Sociales. El mobiliario se reducía a un colchón con su manta, un tocador con un espejo roto, una mesa coja y dos sillas de anea. El resto del espacio estaba lleno de cachivaches. En este caso, miseria clasificada: ropa vieja doblada en diferentes montones, paraguas con varillas rotas, relojes sin manillas, linternas sin pilas, latas y botellas ordenadas por tamaños...

Carolina era menuda, cargada de hombros, con la cara alargada, una boca sumida y una nariz prominente. Se le notaba la huella de la edad, pero seguía siendo ágil. Caminaba deprisa y casi siempre llevaba tacones.

Carolina se levantaba a primera hora de la mañana. Se lavaba con una toalla mojada. El agua que salía del grifo estaba muy fría. Solía vestir con un pantalón, sobre ese pantalón una falda, y una blusa blanca.



Siempre llevaba algún complemento como un cinturón o un bolso. Luego cubría su cabeza con una toalla al que daba forma de turbante. Su principal distintivo. Una vez preparada se dirigía al “Bar el Brillante”, dónde con un bono de pobre desayunaba un vaso de leche con jarabe de fresa y un bollo de pan con aceite.



Carolina, una vez reconfortada, comenzaba a realizar la ruta de los contenedores de PVC. El primer contenedor se situaba en la Plaza de San Juan de Dios. Siempre repetía la misma operación. Sacaba bolsa por bolsa y las registraba con mucha soltura. Localizaba algún objeto que, sin motivo claro, le parecía útil: un par de calcetines negros, un jersey con bolitas, una lata de leche condensada que le quedaba un culillo. Acabada la tarea, cerraba las bolsas y las volvía a poner en su sitio en el mismo orden. El segundo contenedor estaba en calle Especería, junto a una administración de loterías. El dueño del establecimiento intentaba echarla con muy poco éxito. Carolina, por muchos improperios que le dijeran no se inmutaba y seguía con su labor registrando bolsas: un peine al que le faltaban tres púas, un bolso cuarteado, una caja con un resto de crema Nivea, un estropajo

de esparto. En el tercer contenedor, cerca de la Plaza de los Mártires, donde abundaban los bares de copas, se acumulaban las botellas. Elegía siempre las de gaseosa o las botellas de aguardiente para apurar los restos. Del cuarto contenedor, en calle San Juan, rescató cuatro tarritos de muestras de colonia para colocarlos sobre el tocador.

Carolina, en cuanto calculaba que era la hora del almuerzo, atajaba por calle Compañía para llegar a su casa, en la cual dejaba sus nuevas pertenencias. Eran trece objetos que venían a sumarse a un sinfín de cacharros.

Carolina almorzaba y cenaba en el Centro de Acogida San Juan de Dios. Acudía puntualmente a cada comida. Utilizaba siempre los mismos cubiertos. Los tenían reservados para ella, ya que para mofa del destino era escrupulosa. Siempre se empeñaba en comer en una mesa sola. No consentía mezclarse con pedigüenos. Ella, que descendía de marqueses. A Paco, el voluntario, le costaba la misma vida convencerla. Todos los días la misma cantinela.

Carolina Turbante dejó de recorrer la ruta de los contenedores en el año 2007. Nunca más se la vio por las calles del Centro. Nadie la echó de menos. Ni salió en la prensa local. Murió en el Hospital Civil una mañana de enero. El mismo día que se inauguraron los contenedores soterrados.

CAROLINA TURBANTE. Un ensayo-crónica de Lola Acosta.





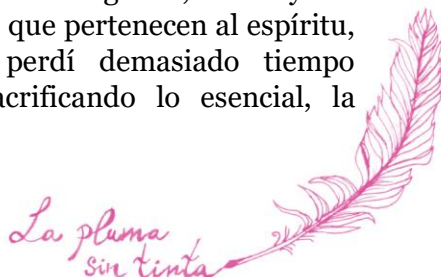
CONFESIONES

Un relato de Francisco Romero Romero

Siempre creí que tenía todo el tiempo por delante. No pensaba en el mañana.

El mañana es hoy y ese tiempo, silencioso y voraz, se me escapó de entre los dedos. He hecho muchas cosas en la vida, cosas que si hoy volviera a vivir no las haría, de hecho creo que viviría de otra forma, no tanto para mí y sí más para los que me querían. Hoy, que presiento cercana la hora de mi partida, comprendo que me iré, como decía el poeta “ligero de equipaje”. Y es ahora, en este umbral, cuando reviso lo que hice y lo que dejé por hacer.

Demasiadas cosas quedaron anotadas en mi agenda, la mayoría materiales, pero otras, las más hondas, las que pertenecen al espíritu, sencillamente las olvidé. Confieso que perdí demasiado tiempo luchando por lo que creía urgente, sacrificando lo esencial, la



compañía de los míos, aquéllos que esperaban en casa mientras yo me perdía en mi propia vorágine. Ahora que ya no tiene remedio, ahora que en el camino quedaron seres queridos, comprendo que la felicidad que tanto añoro ya no puede ser, y eso me pasa factura.

La dejé pasar sin advertir que gastaba mi vida en batallas estériles. Hoy ya es tarde, para todo. Lo dije antes, en el camino quedaron seres queridos... unos porque la muerte, ley natural, los llamó, y otros porque, sencillamente, se cansaron de esperarme. Se marcharon sin ruido, dejando tras de sí un hueco que entonces no quise ver y que hoy en cambio, me pesa como una sombra larga. No los culpo, nadie puede vivir eternamente pendiente de quien confunde el deber con la ausencia, el esfuerzo con el olvido.

Y mientras repaso estas pérdidas, las inevitables y las que provoqué con mi ceguera sólo me acompaña una certeza, que lo verdaderamente importante, aquello que hubiera dado sentido a mis días, estaba allí, esperándome... y yo pasé de largo.

¿Por qué tengo que darme cuenta ahora que mostrar cariño a los tuyos es impagable?

El tiempo pasado no volverá y la felicidad perdida no se recupera jamás. Es un tren que sólo pasa una vez.

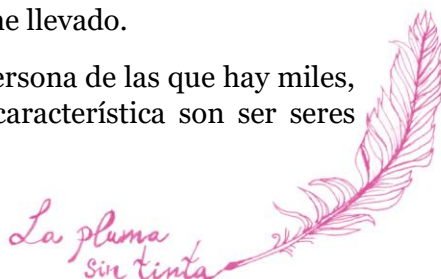
Ahora, esa felicidad perdida me machaca.

¿Los años? Quizás.

¡Dios mío! No esperaba llegar al crepúsculo con esta nostalgia que me ahoga y me roba la paz.

Pero para poner orden en esta historia y que el lector lo entienda, he de partir de un punto concreto, de ese mismo instante que marcó un antes y un después en la azarosa vida que he llevado.

Hasta antes de ese momento yo era una persona de las que hay miles, millones en el mundo que su principal característica son ser seres



anónimos, cumplidores, de esos que pasan inadvertidos en un plano general pero que son queridos en su círculo más cercano.

Qué pasó para que ese cambio se produjera y a partir de entonces donde había una persona común se permutara otra distinta, más dura, más ocupada, más necesaria para todos y, paradójicamente, menos presente para los suyos.

No fue un gran acontecimiento, ni una tragedia, ni siquiera una decisión heroica.

Fue una suma de pequeños “sí”, sí a una responsabilidad más, sí a un horario imposible, sí a posponer una cena, un abrazo, una conversación. Cada sí parecía razonable.

Cada renuncia, provisional.

Y así empecé a ganar cosas. Gané respeto y solvencia, fui reconocido y tuve fama, mucha fama.

Mi nombre empezó a sonar en lugares donde antes no sonaba y mi opinión era requerida por quienes antes no sabían que existía.

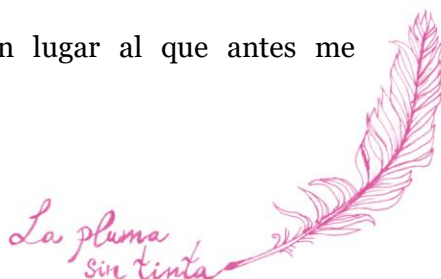
Todo ello hizo que mi ego ganara una falsa sensación de importancia. Pero toda ganancia exige su pago, y el mío se cobraba sin avisar. Se pagaba en silencios en casa, en miradas que ya no preguntaban, en rutinas que seguían sin mí.

Mientras yo acumulaba méritos, perdía gestos.

Mientras levantaba proyectos, se me caían los vínculos.

Recuerdo el día en que comprendí que algo se había roto. No fue una discusión, ni un reproche. Fue peor, fue la indiferencia educada, el “no te preocupes”, el “ya está todo hecho”.

Ahí supe que había llegado tarde a un lugar al que antes me esperaban.



Hoy, cuando repaso lo ganado, lo veo con claridad, nada de ello me acompaña ahora.

Los logros no hacen compañía, los reconocimientos no hablan, los sacrificios mal entendidos no consuelan. En cambio, todo lo perdido pesa.

Pesa con una gravedad que no admite excusas ni explicaciones tardías. Y es entonces cuando comprendo la verdadera estafa de mi vida.

Creí que trabajaba para vivir mejor, y en realidad estaba aprendiendo a vivir sin los míos.

Tuve, por qué no decirlo, amantes y me olvidé de lo que tenía en casa, viajes, fines de semana sin los míos.

¿Qué me pasó que cuando la situación fue evidente no me afectó mi separación?

¿Quién espera a una persona así? Perdí lo que tuve que haber conservado, mi familia.

Y lo peor de todo es que me acostumbré.

Viví sólo para mí y me olvidé de los míos

¡Qué error! Y cuánto daño les hice. ¡Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo! Pero no, el daño ya está hecho y la penitencia cargará para siempre en mi conciencia.

CONFESIONES. Un relato de Francisco Romero Romero.



SAN CIRIACO Y SANTA PAULA: DEL CORAZÓN A LA LUZ DE MÁLAGA

Un ensayo de Eduardo Perdomo



Existen sobre el origen del vínculo de estos santos por Málaga dos versiones legendarias, que las fuentes no pueden comprobar de forma fehaciente, pero que son muy interesantes y bellas.

La primera dice que en el año 1492 los Reyes Católicos preparaban el asedio al reino de Granada, último bastión de los musulmanes en la península ibérica. A su palacio se acercó un monje jerónimo, fray Juan de Carmona, pidiendo audiencia urgente a los monarcas.

En ese encuentro, parece, le dijo a la Reina que había “soñado con los dos santos, que se presentaron incluso de forma explícita y le prometieron que los reyes conquistarían la ciudad de Málaga si dedicaban la ciudad a su nombre”.

La pluma
sin tinta

Cuando la campaña tuvo éxito, se los tomó como patronos de la ciudad por orden expresa de los Reyes Católicos.

La otra versión está muy unida a la anterior, siendo de hecho parte de la misma historia. Este segundo relato dice que cuando los Reyes Católicos escribieron una misiva para anunciar su victoria en esta ciudad al Papa Inocencio VIII, este les respondió mediante un breve apostólico que Málaga “había sido consagrada con la sangre de los dos hermanos mártires Ciriaco y Paula como Jerusalén lo fuera con la de San Esteban.

Según este segundo relato, fue en ese momento en que los reyes se enteraron de la existencia de estos dos santos y, en honor a ellos, decidieron brindar la ciudad a su protección para siempre, tomándolos como patronos de Málaga.

Casi inmediatamente, el 30 de agosto de 1494, con el recuerdo de los dos santos, los Reyes Católicos decidieron conceder un espacio a los hermanos en el escudo oficial de Málaga. La heráldica los transformaría en figuras inmortales. Allí siguen hasta hoy.

Dice la Real Cédula (documento que puede consultarse en los archivos de la ciudad):

“Don Fernando y Doña Isabel, por la gracia de Dios, Rey y Reina de Castilla, dieron por armas la forma de la misma ciudad y castillo de Gibralfaro, con el corral de cautivos en campo colorado; y para la reverencia de los Santos Bienaventurados Mártires, San Ciriaco y Santa Paula, poner su imagen en cada uno de ellos en la torre de Gibralfaro, con los colores de los Santos Patronos con resplandores de oro, con manto azul y túnica dorada, y sobrecuello de santa Paula dorado”.





A partir de entonces, y hasta hoy, la relación espiritual tan profunda entre la ciudad y los dos hermanos sigue viva.

En 1507 se hizo la primera procesión a los patronos, que ya entonces tenían su propia iglesia.

En 1580 se colocaron en la capilla mayor de la Catedral ocho estatuas de cuerpo entero sobre la cornisa, y entre ellas estaban representados los hermanos, recordando a los malagueños.

Su fiesta es el día 18 de junio, y también la elección de esta fecha tiene una historia detrás. Los documentos cuentan que en junio de 1581 hubo un terremoto en la ciudad, que casi milagrosamente no dejó víctimas fatales.

“Apenas hubo que lamentar pérdidas por lo que ambos cabildos, el civil y el eclesiástico, decidieron el 16 de junio de 1582 hacer un voto solemne y declararon de festivo con obligación de oír misa, el día de los Santos Mártires, el 18 de junio, en la ciudad y sus arrabales”.

Ese mismo 1582 el Cabildo de la ciudad acordó mandar labrar dos estatuas de plata al orfebre Juan Bautista Barba. Estas imágenes fueron procesionadas por primera vez el 18 de junio del año 1604, con

un recorrido desde la Catedral a la parroquia por las principales calles de la ciudad.

Desde entonces, la fe católica mantuvo la tradición. Existieron, claro, algunos contratiempos. El 5 de febrero de 1810 entraron los franceses en Málaga y arrebataron para siempre las dos estatuas debido a su precioso metal.



Esto no produjo mella alguna en el corazón de sus habitantes: el sol de Málaga ilumina hoy su leyenda.

Muchos historiadores, a través de los siglos, han dedicado capítulos de sus libros para recoger las evidencias y difundirlas, buscando siempre nuevas pistas precisas. Existe entonces un cúmulo de documentos, un número muy grande de testimonios de esta devoción a lo largo de la historia.

San Ciriaco y Santa Paula: del corazón a la luz de Málaga.
Un ensayo de Eduardo Perdomo



EL CID MALAGUEÑO

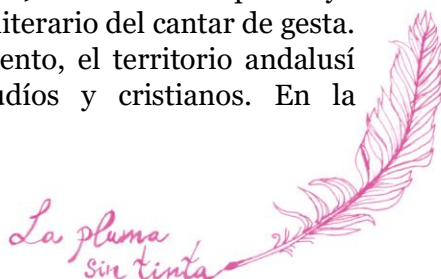
Texto histórico de Fran Lepsky

Episodios como la Batalla del Guadalete y figuras como el Cid Campeador muestran hasta qué punto nuestro conocimiento del pasado depende de fuentes contradictorias. La historiografía medieval ofrece acontecimientos moldeados por la ideología, la religión y el poder de los vencedores.

La Batalla del Guadalete (711) constituye un ejemplo de esta problemática por la escasez de fuentes contemporáneas, la exageración de cifras y la indefinición del lugar exacto del combate. Guadalete ha funcionado durante siglos como un acto fundacional, utilizado tanto para explicar el colapso del reino visigodo como para legitimar la expansión islámica en la península. Pero se resquebraja como narración estrictamente contrastada.

Este mismo mecanismo de reinterpretaciones se observa en la construcción de los grandes personajes medievales. La épica no pretendía reflejar trayectorias individuales complejas, sino ofrecer modelos ejemplares. Por eso, en el ámbito cristiano, "El Cantar del mío Cid" transforma a Rodrigo Díaz de Vivar en un caballero leal, valiente y honrado.

En este contexto cobra especial relevancia la figura de Omar Ben Hafsún, un personaje malagueño. Nacido en el año 850 en Parauta (entonces una alquería cerca de Ronda) fue un cacique cuya trayectoria se aproxima a la del personaje literario del cantar de gesta. Ciento cuarenta años antes de su nacimiento, el territorio andalusí estaba compuesto por musulmanes, judíos y cristianos. En la



jerarquía musulmana encontrábamos a los árabes como altos jerarcas, bereberes y sirios como ciudadanos nobles; judíos y mozárabes (cristianos) como vasallos; y, dentro de esa escala baja, los muladíes (cristianos convertidos al Islam). Entre estos últimos, la figura relevante es Omar Ben Hafsún. Su vida no puede entenderse al margen de la geografía malagueña y el ecosistema religioso de la época.

Fue un rebelde predecesor del bandolerismo, tomador de Bobastro, enclave fortificado situado en un espacio estratégico, en lo que actualmente comprendería Ardales; desde el cual el muladí controló amplias zonas meridionales. Su poder se extendió por buena parte del territorio malagueño, apoyándose en una red de alianzas locales y fidelidad de muladíes, mozárabes e incluso bereberes descontentos con la nobleza imperante. Se trató de una guerra de guerrillas donde éste consolidó su propia administración casi cuarenta años. Sin embargo, poco después de su derrota, el poder omeya culminó su califato con Abderraman III, convirtiéndose en estado independiente (hasta entonces políticamente estaba ligado al Imperio Árabe).

Esta narrativa guarda un claro paralelismo con las incongruencias de "La batalla Guadalete" y del "Cid Campeador". Así como la derrota visigoda fue explicada mediante relatos de traición y castigo divino para ocultar la descomposición interna del reino, el Cid fue idealizado por la épica cristiana.



No resulta casual que el "Cantar de mio Cid" incorpore rasgos narrativos propios de Ben Hafsún: autonomía, carisma personal, estrategia militar (dentro de un marco moral cristiano y monárquico).



El copia y pega se expande como el polvo al levantar la alfombra, por eso sabemos que el literario personaje hazañoso; es usado por algún casposo personaje público, sacando pecho de españolismo, ignorando la contrastada narrativa de Rodrigo Díaz de Vivar: un mercenario al servicio de la Taifa de Zaragoza que después usurpó un cargo ficticio para hacerse con Valencia (una ciudad que en orden práctico era musulmana). Teniendo en cuenta que "El Cid" no era de banderas, más bien de parias; y, Hafsún de acción militar contra los árabes, qué no musulmanes. Pero eso sería difícil de explicar a algún radical que basa sus mítines en juzgar a los Omar y a los Mohammed, tachándolos de violadores y delincuentes. Se les olvida que en nuestro territorio, antes de existir cómo Reino de España, había Rodrigos y Omars; y, que el "Cid heroico" es más andalusí que español. En concreto, malagueño.

[EL CID MALAGUEÑO](#). Texto histórico de Fran Lepsky.



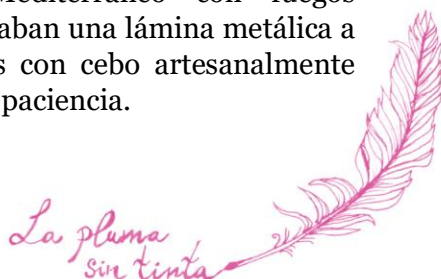


EL PALO

Un ensayo de Antonio Caparrós Vida

Me piden para mi querida publicación "La Pluma sin Tinta" escribir sobre El Palo..., y me asaltan sentimientos contradictorios. Por un lado no sé si debo por llevar asusente de un barrio en el que no vivo desde hace, al menos, treinta y cinco años. Por otro, sencillamente, me siento paleño aún estando lejos; porque esa circunstancia espacio-temporal me forjó y dejó una profunda huella en esa etapa de la vida tan importante para la construcción de la personalidad, del carácter: la infancia, aquel maravilloso paraíso perdido.

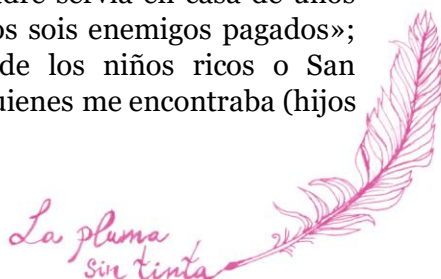
El Palo, en clave impresionista, supuso el descubrimiento de una luz especial reveladora de fenómenos extraordinarios como el olor del corcho natural en el rebalaje, aquellas barcas tan estilizadas con sus jabegotes, sus trayas y sus artes de pesca, con sus levas y sus betas; sus sotarrajes remendando redes con agujas en forma de pez y bebiendo café con leche y pan migado en jarrillos de metal a tempranas horas de la mañana; copos «hirviendo» con jurelitos, boqueroncitos, «jamacucos», pulpos, jibias, lenguados...; captura de mejillones asados a la orilla del Mediterráneo con fuegos improvisados entre dos piedras que calentaban una lámina metálica a partir de latas viejas; parales engrasados con cebo artesanalmente elaborado a partir de la grasa animal, sal y paciencia.





Pepe Marchena cantando una loa memorable a la mujer cordobesa, en aquel tintero (luego restaurante "Tintero I") para redes de mi abuelo paterno: Antoñico ("El Pelostieso" y también "El Machuca"), muy cerca de la orilla...; y del «Pincho» y la «Niña» dos míticos barcos familiares ya destrozados y agónicos en mi infancia que fue sustento principal también por la parte de mi padre; mi abuela materna rezando a la Virgen del Carmen para que mi viejo volviera sano y salvo de la mar cuando barruntaba temporal; Machín y su canción

«Madrecita» en aquellas radios de válvulas marca «Telefunken»; la canción del "Cola-Cao"; aquellos peces llamados «chupapiedras»; las salemas, herreras y los sargos, pescados desde los tubos de desagüe próximos al arroyo Gálica y a Casa Pedro, con «masilla» en aquellos días interminables de vacaciones veraniegas; la caza de gaviotas con poteras fabricadas por nosotros mismos; la caza de «paínos» (crías de gaviotas) con lazos de cobre y nudos corredizos, de ratas y gatos con perros rateros: «Blanqui», «Rintin», «Sultán»..., la caza de todo tipo de reptiles; aquellos callejones que encubrían tantas y tantas «conspiraciones» infantiles y grandes descubrimientos como el sexo; los juegos infantiles de las «bolas», el «zirigizo», el «pincho», el «zépule», las batallas con limones, naranjas o piedras («bolones») tras las riadas del Gálica; la captura de «alugas» y «orovivos» para cebos de trampas traidoras que buscaban cabezas de mirlos; las capturas masivas de jilgueros, chamarices y "verdones": (verderones) mediante la caza «al paso» con redes junto a mi tío "Rafalillo"; aquel trenecillo conocido como "La Cochinita" en cuyos raíles apoyábamos los oídos esperando su paso para aplastar chapas de botellas agujereadas instaladas después en el extremo de un volantín para bailar trompos; la llegada a casa, no sin resistencias de mi madre, de mi primer perro: "Hércules"; aquellos vecinos alcohólicos destrozados en las vías del tren en noches gélidas de enero o en los cuarteles franquistas de la época; el robo de lechugas en las huertas próximas y el pánico a los vigilantes de las mismas..., y a la Guardia Civil, aquellos hombres encapotados portadores de armas largas, espesos bigotes y abultados vientres; la huella de un pie humano sobre la superficie lunar visto en blanco y negro desde una esquina de la barra de "Tintero I"; la búsqueda de monedas, anillos, y cadenas de oro en los días de levante duro; la entrada de olas, ya debilitadas, hasta debajo de la cama de mi hermana a la sazón con «colorín»; tomar conciencia por vez primera de que mi madre servía en casa de unos señores quienes le decían que «los obreros sois enemigos pagados»; que existían dos tipos de colegios: el de los niños ricos o San Estanislao y el de los niños pobres entre quienes me encontraba (hijos

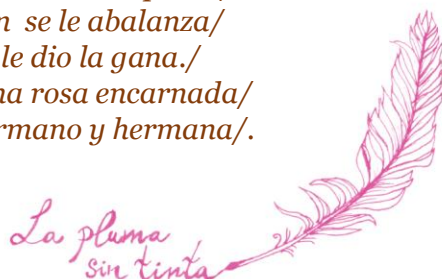


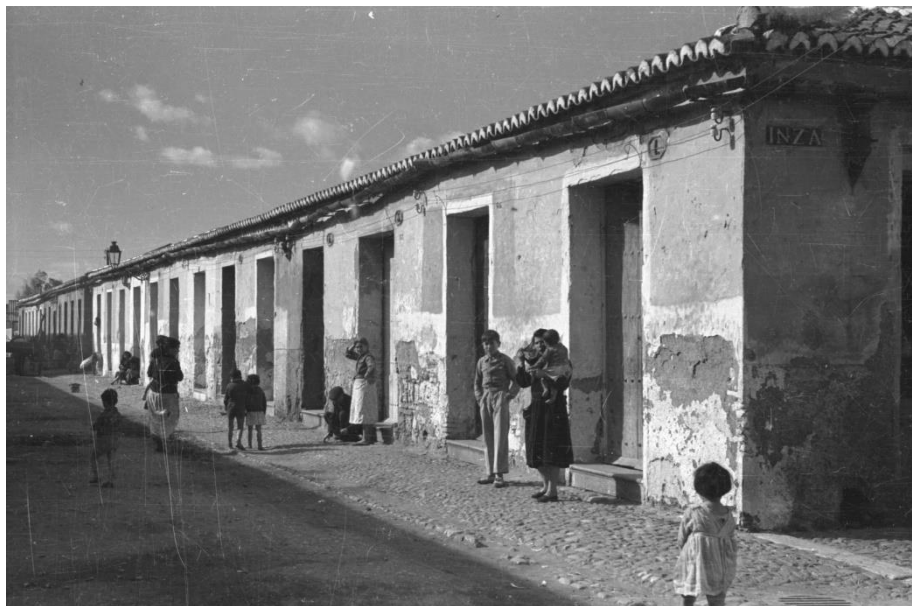
de los pescadores de la playa) o ICET; el cántico, cuadrados y en fila, que exigía un poder represivo difuso en colaboración con curas enlutados, que llamaban «Cara al Sol» y «Montañas Nevadas»; el paso frente a la puerta de mi casa paterna de aquel viejo oficial militar del «Partido» que resistió la noche oscura porque mi abuela nunca lo delató y a la que siempre estuvo agradecido; un club deportivo en donde aprendí el significado de la palabra estrategia a partir del ajedrez; aquel lugar en donde aparecieron los «comunistas» incitándonos a la lucha de clases y a la conciencia de clase; una asociación de vecinos que enseñaba la necesidad de combatir por la justicia; el lugar en donde aparecieron «extraños» y entrañables sacerdotes obreros que demostraban que no todos eran iguales...

El Palo, especialmente su playa, fue el espacio-tiempo de unos pájaros sin alas entre los que me encontraba yo, fue mi circunstancia fundamental. Por eso me sentiré paleño mientras me acompañe la conciencia.

Y no quiero olvidarme de una de las canciones aún presentes en mi memoria desde hace más de sesenta años de aquel ciego, y su lazarillo junto al pozo con peces de colores, a cambio de la voluntad de los vecinos oyentes. Era una copla de las llamadas "de cordel", si mal no recuerdo y decía así:

*Pepito en el autobús /se enamora de su hermana/
viendo que no podía ser /malito cayó en la cama./
Lo llevaron a lo doctores /los mejores de Granada/
unos le toman el puls o/y otros le miran la cara/
otros le dicen al padre: /tiene enfermedad p'larga./
¿Quieres que te mate un ave /de esas que vuelan por casa?/
Mátemela usted mi padre /y que la suba mi hermana/
que suba solita y sola /que no suba con compañía./
Al primer escalón /como un león se le abalanza/
allí hizo lo que quiso /y lo que le dio la gana./
A los nueve meses justos /nació una rosa encarnada/
y en los pañales decía: /hijo de hermano y hermana/.*



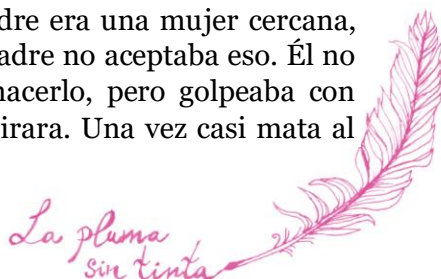


EL PRESTAMISTA

Un relato de Paco Bravo

Eran los años cuarenta. La miseria mataba personas a diario en el casco antiguo. La gente del barrio decía: suerte que tenemos la mar a la vera y al menos comemos. Pero lo cierto es que el mar daba sus frutos a veces, y otras no, pues en muchas ocasiones se llevaba a alguien que no volvía.

Yo era el primogénito y mi hermana pequeña había muerto a los tres años. Vivíamos en el barrio de los pescadores, entre arena y corralones. Mi madre tenía don de habla, a diferencia de mi padre, que directamente no sabía hablar. Mi madre era una mujer cercana, habladora y casquivana sin quererlo. Mi padre no aceptaba eso. Él no se quejaba verbalmente, pues no sabía hacerlo, pero golpeaba con absoluta brutalidad a cualquiera que la mirara. Una vez casi mata al



padre de mi amigo Rodolfo. El motivo: ayudarle mi madre a rellenar un documento, pues era de las pocas personas del barrio que no era analfabeta.

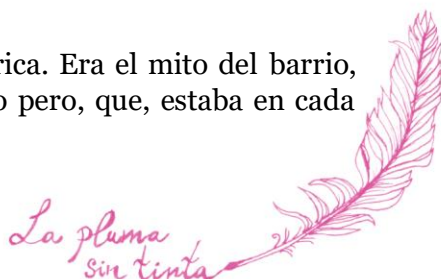
Mi padre había venido de la guerra, con un ojo y una pierna menos. No tenía piedad en matar a quien fuera, o, lo que es peor, dejar semanas sin comida a la familia que le cayera mal. Él tenía el control del estraperlo del barrio y repartía comida al precio que quería.

Nosotros vivíamos en una fonda que llamaban los vecinos: el palacio. Nadie entraba en nuestra fonda sin pagar. En cambio nosotros entrábamos en los corralones como queríamos y nos ofrecían de todo. A veces aburría ser un privilegiado: si jugaba a las cartas siempre ganaba, si jugaba a la pelota nadie me daba una patada. De los niños era el único que no tenía un apodo. El niño de don Virgilio y doña Luisa, sin más. Y lo que más me frustraba de todo era que no podía ir pescar, como hacían los demás.

De lo primero que mi madre me enseñó fue a escribir. Creo que recuerdo antes las teclas que la teta. Pudieron haberme apodado el "dedo duro". En la fonda mi padre y yo éramos los únicos varones. El resto eran niñas, que de cara a la policía venían a sacarse la primaria. Pero en los corralones todos sabían que eran meretrices. Mi madre comandaba y mi padre hablaba con los puños y yo, con diez años, anotaba todos los registros de entrada y salida, simulaba sus horas de trabajo, rellenaba nóminas y efectuaba la contabilidad de aquella falsa costurería.

Las mentiras suelen componerse de pequeñas verdades, y mi madre les instruía en la buena expresión, la lectura, y, el arte de la seducción refinada. El barrio estaba apartado del centro, y es por ello que la mayoría de clientes eran aristócratas de la ciudad. El más conocido: el prestamista.

La figura del prestamista era fantasmagórica. Era el mito del barrio, ese ser omnipotente que nadie había visto pero, que, estaba en cada



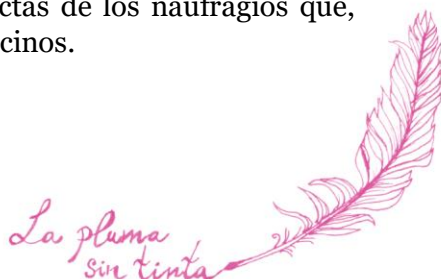
familia de pescadores. Los niños me preguntaban cómo era, y yo, tenía que cerrar el hocico. No podía dar una mínima descripción.

Lo cierto es que el prestamista era un tipo esbelto, bien hablado, educado y respetuoso; nada que ver con la bestia de mi padre. El prestamista iba cada dos semanas a casa. Era el único cliente que me acompañaba mientras trabajaba. El hombre era amable, cariñoso y siempre me traía un libro. En varios años leí Los Miserables, El Conde de Montecristo, Guerra y Paz y otros títulos. Era extraño pensar como el señor solía charlar de literatura antes de entrar a sus cosas y; más sorprendente aún, cerciorarse de que el hombre más temido por todos era tan gentil.

Mi padre era el encargado de cobrar las deudas que los pescadores tenían con el prestamista. Y hacía meses en los cuales las cosas no iban bien por los corralones. A la gente no le llegaba comida, pero mi padre seguía extrayendo productos de estraperlo a los maquinistas. Por otro lado, los pescadores no pagaban sus deudas y, casualmente, era raro el día que alguno no apareciera después de la noche. Cada vez más eran las viudas y huérfanos que se sumaban en el barrio. Y mi padre, sin pudor alguno, se apoderaba de los empeños, sin importarle lo más mínimo el drama familiar que sus vecinos podían vivir.

La ciudad mataba de hambre y el mar asesinaba en silencio y a oscuras, pero en los últimos meses la carnicería se presentaba desproporcionada. No resultaba normal que muriera un pescador por semana, y que además no apareciera nunca el cuerpo.

Es por ello que decidí en una de aquellas siniestras noches salir en plena madrugada a investigar. Salí sigilosamente de la fonda y fui a la zona donde estaban las barcas, a escasos metros de la orilla. El mar estaba calmado y, me resultó sorprendente que hubiera muchas barcas. Resultaba raro que volvieran intactas de los naufragios que, supuestamente, habían matado a tantos vecinos.



A lo lejos se escucharon voces. Unas voces irreconocibles. Una de ellas la reconocía: era la de Juan, un vecino. La otra era la de mi padre.

- Perro, hijo de puta, no vas a volver a ver a tus hijos!

- No, Virgilio, por favor, te devolveré...

Fueron las únicas palabras que escuché de mi padre en toda mi vida. Acto seguido sonaron dos disparos. Agazapado, asustado y casi sordo miré de reojo y vi que mi padre estaba desplomado con un tiro en la cabeza.

Un humo impregnante se entrometió y después alguien me tocó en la espalda. Era el prestamista. Me miró sin pestañear.

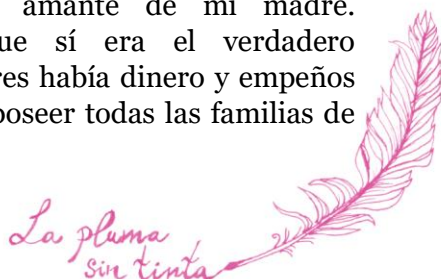
- Se acabó la pesadilla, hijo. No lo lamentes, no mereces tener a ese cretino como padre.

Juan salió corriendo hacia los corralones llorando.

El prestamista me había seguido. Observó que no había leído ni una página de El Conde de Montecristo. Al tener mejor visión que yo, descubrió que mi padre era el asesino de los corralones. Tan cruel que solo sacaba palabras para matar. El mar y la ciudad son crueles, pero mi padre era un psicópata.

Y además de eso, el prestamista. Mi madre y él crearon una figura desconocida que aterraba al poblado. Lo cierto es que su agonía lo había vuelto cada vez más paranoico. Pero claro? Quién iba a pensar que el prestamista iba a ser herido de guerra, esquizofrénico, y, que además no hablaba.

El plan era perfecto y les funcionó hasta que mi padre se volvió loco. Federico era el nombre del que todos creían que era el prestamista. Resultaba que era policía y además amante de mi madre. Curiosamente acabó liquidando al que sí era el verdadero prestamista. En la habitación de mis padres había dinero y empeños valorados en más de todo lo que podían poseer todas las familias de



los corralones juntos. Y más de lo que podía ganar un policía en tiempos de posguerra.

La idea de crear una figura misteriosa y omnipotente de un prestamista sin rostro era buena. Demasiado bien estudiado para un mulo como mi padre. Pero está claro que la que leía y escribía era mi madre. Es por eso que se reinventó creando una figura aún mayor: un hombre de buena fé, que viene de paso y se convierte en el salvador del barrio. El plan era perfecto: el hombre de ley que hizo justicia no podía ser bajo ningún concepto un mezquino prestamista.

En aquellos tiempos se estilaba la figura del aprendiz. De mi padre aprendí el cinismo y la crueldad, de mi madre el manejo de nóminas para las costureras; y, de Federico, que acabó como novio de mi madre, detenerme en las novelas de Alejandro Dumas. Jugar al fútbol me aburría y no me dejaban salir a navegar, pese a vivir en el barrio de los pescadores. Por eso mi oficio no pudo ser otro que el de prestamista.



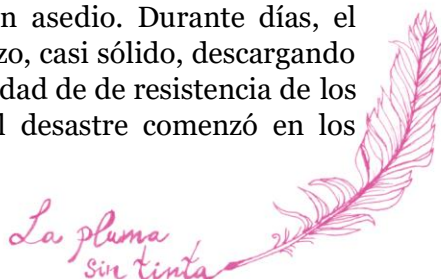


El recuerdo de una ciudad no solo se construye con la cal de sus solariegas paredes o el brillo de su mármol, sino también con las terribles cicatrices que deja el azote de los elementos.

En el imaginario colectivo de Málaga, el año 1989 no es una cifra más forma de calendario, sino un sustantivo cargado de humedad, un eco acuífero de sirenas y el sonido sordo del barro deslizándose por las nuevas calles de la urbe. Aquel noviembre, la ciudad no solo llovió; la zozobra en la ciudad; se anegó en una suerte de catarsis fluvial que irradió la fragilidad de nuestra soberanía sobre el territorio.

Nosotros, en Málaga siempre ha mantenido una relación ambivalente en sus cauces.

Y por otro lado, históricamente, la ciudad ha crecido desafiando a sus arroyos, sepultándolos bajo el asfalto o ignorando su sed de salida al naufragio de mar. En 1989, la naturaleza decidió reclamar sus otoñales escrituras de propiedad. La "gota fría" —término que entonces aprendimos a pronunciar con reverencia y temor— no fue sólo un fenómeno meteorológico, sino un asedio. Durante días, el umbral del cielo se tornó de un gris plomizo, casi sólido, descargando nuevo furia líquida que desbordó la capacidad de de resistencia de los propietarios de cada casa. El ensayo del desastre comenzó en los



resilientes barrios periféricos y terminó por conquistar el corazón ondulante de la capital. El Guadalhorce, despojado de sus márgenes, ya se convirtió en un gigante ciego que devoró cosechas, naves enormes industriales y esperanzas. En el centro, las calles Larios y calle Granada, habitualmente escenarios de la vanidad y el paseo, se transformaron en canales venecianos de aguas turbias donde flotaban ocaso y desolación, los restos de una cotidianidad rota: muebles, despensas, escaparates vencidos y el silencio atónito de los erosionados malagueños, vencidos en una tarde. Aquel año, tan terrible sería recordado como el de la inundación en Málaga, un ominioso sonido que quedó en el recuerdo de la población. Algo que devastó casas, tiendas y vidas. Existe un antes y después de esa fecha onomástica, algo que impactó de lleno en las protestas ciudadanas sociales antes las autoridades, posteriormente...

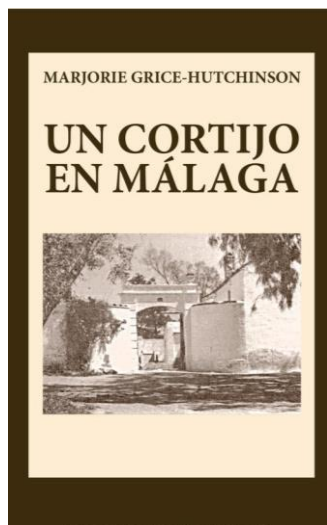
Sin embargo, más allá de la crónica de la destrucción y la trágica pérdida de vidas humanas, las inundaciones de 1989 funcionaron como un espejo moral. En medio del fango, emergió una solidaridad vecinal que recordaba a las crónicas de siglos pasados: manos anónimas rescatando a ancianos de plantas bajas y ciudadanos compartiendo el pan cuando el suministro eléctrico y el agua corriente se habían convertido en lujos del pasado. Fue el momento en que Málaga se dio cuenta de que su modernidad era un barniz fino que el agua podía levantar de un solo golpe.

La herencia de aquella riada es hoy visible en la ingeniería del paisaje. La construcción de presas de defensa y el encauzamiento de arroyos son los muros que hemos levantado contra el miedo. Pero el ensayo de 1989 nos dejó una lección más profunda.

Málaga sigue mirando al cielo cada noviembre con una mezcla de gratitud y sospecha. Porque bajo el asfalto de la ciudad moderna, aún late el recuerdo del barro, y en el susurro de la lluvia persistente, todavía se escucha el eco de aquel año en que el mar pareció querer recuperar la tierra que un día le perteneció.



RECOMENDACIONES LITERARIAS



Es mes, os recomendamos **“Un cortijo en Málaga”** obra de Marjorie Grice – Hutchinson, conocida por su libro “El cementerio inglés de Málaga”. Preciosa novela que nos sumerge en un ambiente único.



“Carlos contra el mundo” una de las mejores películas andaluzas. Dirigidas por Chiqui Carabante, un referente cineasta al que le tenemos mucho cariño. ¡No os perdáis este título!





La pluma sin Tinta puede encontrarse en formato digital mayoritariamente en la [página web](#) y en [instagram](#) y a veces, en papel:

- *Librería Pérgamo*, Plaza Unión Europea 11 local 6 (Torremolinos)
- *El gabinete de David Salinas*, Calle Hoyo Higuerón, 6, 7ºE, Carretera de Cádiz (Málaga)
- Cervecería artesanal *Hop Scotch*, Calle correo de Andalucía, 6 (Málaga)
- Restaurante *El Tapeo de Playamar*, Paseo del Colorado 17 (Torremolinos)
- Librería de la *Estación de Autobuses* (Málaga)
- Cooperativa del Taxi.
- *Asociación del Taxi Unificada* de Málaga, Calle Concepción Arenal 9 (Málaga)



LA PLUMA SIN TINTA